

CAMPAMENTO EN LA EXPLANADA



AY acampados ahora, en un amplio solar de la periferia urbana, un grupo de gitanos, cuya naturaleza y cuyo aspecto no difiere del resto de la gitanería que nosotros hemos visto transitar por los caminos desde nuestra niñez. Las mujeres de esos gitanos muestran todas sobre el carrillo la guedeja de pelo grisiento y funeral que dio calidad a las cuatricomias de calendario. La piel de esas gitanas forma grumos bajo los ojos vivos y brillantes, igual que en una tela de Nonell. Los hombres son, como en toda la gitanería, los dueños del cotarro. Los jóvenes son aquellos juncos que definió Federico García Lorca. Los hombres maduros, en cambio, son patriarcales; ya no aspiran más que a poder definir la vida como un apotegma breve y a que les cedan la sombra y el cántaro de agua. Por allí corretean una partida de chiquillos casi desnudos, como un plato de aceitunas de pulpa prieta que se hubiera caído de la mesa. Esos son los gitanos en la plenitud de su esplendor vital y social. Polvo, sol y sueño.

Su ajuar es también el histórico ajuar de los nómadas. La vestimenta de las mujeres está toda ella hecha con telas de vivos colores, en los que abunda el topo blanco y el verde esmeralda junto al rojo sangrante y violento. En los rincones del campamento se advierten frazadas y colchones en pila improvisada. Al otro lado, cubos mugrientos y la arista viva del cobre fulgurante en casos orondos de vieja silueta.

Sería hermoso el campamento de los gitanos y no sería más que una antiquísima estampa de los caminos de Europa si el lugar en que se asientan no fuera destinado en el futuro a ser un centro de comunicación, una encrucijada urbanística suburbial, pero de primer rango. Y sería, sobre todo, hermoso como una antigua litografía, como un tapiz goyesco, si presidiendo la concentración de tono abigarrado y legendario no existieran dos tremendos "haigas" con remolque al abrigo de lonas y entre los colgajos de la colada. La verdad es ésa: La tribu de gitanos que está aparcada —o acampada— en la futura plaza es una tribu motorizada, según los cánones más sospechosos del capitalismo occidental. Los "haigas" que trasladan a la tribu exigen la amplia dimensión de la autopista centroeuropea, asfaltada y señalizada, en lugar de los polvorientos desmontes donde caminaban los boricos y la lenta caravana de los carromatos bohemios.

Por un instante creímos que la turba instalada en la explanada pudiera ser un club de potentados venezolanos al reencuentro del solar de sus mayores, como se estila hoy. Mas no tardamos en advertir que aquella parada era, sin lugar a duda, una tribu de gitanos de estirpe, un familión de auténticos "calés" morenos y antiquísimos. Lo que ocurría —y esto nos lo aclaró con prontitud la matrícula de sus «Oldsmobiles» azules y plateados— es que aquéllos eran unos gitanos de Francia.

No es la primera vez —como ya hemos contado— que nosotros vemos gitanos motorizados ostentosamente. Circulando por las carreteras francesas hemos tenido que adelantar en más de una ocasión a esas caravanas de gitanos en "haiga", que son hoy la flor de la gitanería europea. La primera vez que esto ocurrió fue en las vertientes del Jura francés, cerca de los caminos de la Borgoña, tan ahitos de vino y de veneno. Iban como media docena de «Cadillacs» en fila india, con sus correspondientes remolques, llevando a los nómadas a un destino desconocido, que con seguridad no tardaría en manifestarse. La cuestión que se nos impuso fue la siguiente: ¿puede uno ser nómada y, a la vez, poseer un "haiga"? ¿Dónde quedan los caminos por recorrer y los lugares donde acampar, si uno puede alcanzarlos todos de sol a sol, a la velocidad que imponen los modernos vehículos de fabricación europea o americana?

La tribu de los gitanos de la explanada nos dio la impresión de que las nuevas contingencias económicas del mundo occidental están teniendo unas consecuencias imprevistas para la vieja raza. En primer lugar, los perros que hormigueaban alrededor del campamento parecían viejas marquezas del segundo imperio. Puestos a dejar de seguir, con el lomo castigado por el sol, la marcha de los vehículos de rueda, pertenecían ya a la

casta de los elementos de "boudoir" incalificables de su especie. Toda la partida —hombres y animales— nos daba la impresión de seres que han llegado al término de un gran viaje histórico. En realidad, ellos estaban allí porque la "Shell" y la "Firestone" les han quemado de golpe la turbulenta y misteriosa geografía de los barrancos y de las alimañas y han destruido la posibilidad, tan respetable, de dormir bajo un puente en la vieja Europa, donde paseaban con ellos a sus anchas la nocturna lechuga y los demonios.

el tabaco El tabaco entró en nuestro ánimo con muy buena prensa. Las personas de respeto fumaban sin tasa. Los hombres llevaban entre el índice y el mayor una oscura mancha de nicotina. Las últimas barbas olían a tabaco. El cigarrillo no era suspeco. Cuando empezaron a probarlo las mujeres —algunas mujeres— hubo un leve estremecimiento colectivo. Pero pronto el país entero canturreó, con Ramoncita Rovira: Fumar es un placer genial, sensual...

Decía el "couplet" que "sintiendo ese calor del humo embriagador" no podía pasarle nada al ansioso amante. No se hablaba, al aludir al tabaco, del corazón bajo ángulos vasculares y biológicos, sino eróticos y sentimentales, para los cuales el tabaco era un aliciente casi afrodisíaco. En las cajetillas del tabaco egipcio y turco de aquellos días había litografiada una odalíscas sensual. En los estancos había toda especie de tabaco. El masculino era áspero y negro, el femenino iba muchas veces en una boquilla dorada. Era la época del "mah-jong" y de la pianola.

Pronto los médicos advirtieron a muchos fumadores la necesidad de dejar de fumar. A las damas aún se las importunó. Se advirtió solamente a los caballeros. Y vimos entonces a los últimos señores con barba fumar de tapadillo en los portales, como estudiantes bisoños.

La ofensiva se ha recrudecido ahora con motivo de la publicación del informe americano sobre el tabaco, que ha producido en el mundo un impacto indudable. Se trata, como es sabido, de una auténtica acta de acusación contra el consumo de cigarrillos, obtenida por el testimonio de 1.078.894. testigos. El legajo tiene una extensión de trescientas ochenta y siete páginas con ciento setenta mil palabras. Es la requisitoria más agobiante que se pudiera lanzar contra un determinado hábito colectivo. La publicación del informe ha tenido eco inmediato en las informaciones de prensa y en los demás medios de difusión, hasta cubrir la totalidad de la opinión pública mundial. No sabemos aún si la requisitoria ha tenido la virtud de quitarle a alguien el hábito del cigarrillo. Lo que sí es seguro es que ha servido para comprobar una vez más la fuerza coercitiva de los órganos de difusión. Pudiera haberse producido entre los fumadores un pánico colectivo como el que provocó hace años la emisión radiofónica de Orson Welles sobre el fantástico aterrizaje de marcianos en un Estado americano. Mediante el informe nos damos cuenta de la solapada, pero terrible infiltración de la nicotina, como si por ella la raza humana tuviera que desaparecer a corto plazo.

Pero nada de ello ha alterado el resquemor intimista y cazurro del fumador solitario. Algunos de nuestros amigos, fumadores habituales del cigarrillo, han amanecido de pronto con cigarros puros entre los labios, por aquello de que la corrosión del cigarro no es tan grave como la del cigarrillo. Otros han acordado unos días su ración. Sólo unos días. Lo que dice el informe no acaba de convencer a los recalitrantes. No acaba de precisarse el grado de amenaza real que para la salud contiene el cigarrillo. Y que el hecho de fumar no era precisamente reconstituyente, eso ya lo sabíamos todos.

Nos preguntamos si la advertencia contra el uso del tabaco no estará implicada en un programa de asepsia colectiva para que todos lleguemos a ser con el tiempo unos seres sin mácula y cultivemos moderadamente una sola rosa en un rincón del jardín. Recordamos el tiempo en que transitaban por la calle ciertos hombres con saco para recoger las colillas, que aprovechaban luego para su uso particular; y durante las guerras, en periodos de escases y aun de desaparición del tabaco, la lucha bronca por el paquete de cigarrillos, que se pospone incluso a la lucha por el manjar. Todo eso está muy mal, pero así es la vida. La vida es un ente inseguro e imperfecto, un equilibrio inestable entre vicio y virtud, entre salud y malicia. Y lo que hay en ese secreto no se puede programar.